Domingo III de Pascua del ciclo A.

Camino de Emaús, camino de la felicidad.

1. Me siento decepcionado por Dios.

La Iglesia, a través de su Liturgia, durante los Domingos de Pascua, nos insta a recordar las apariciones de Jesús Resucitado a sus Apóstoles y discípulos, porque, si creemos que Jesús ha vencido a la muerte, ello no solo estimulará nuestro crecimiento espiritual, sino que nos servirá como razón para creer que podemos superar muchos de nuestros problemas, y, en el caso de que no esté a nuestro alcance el hecho de superar los obstáculos que tenemos que afrontar y confrontar, el hecho de saber que somos el objeto directo del amor de Dios, y que todo lo que nos sucede tiene utilidad, nos ayudará a vivir con mejor ánimo.

Para poder comprender la razón por la que los discípulos del Señor mencionados en el Evangelio de hoy huyeron de Jerusalén a Emaús, debemos recordar la frustración que supuso para los creyentes la Pasión y muerte del Mesías. Los seguidores de Jesús se habían acostumbrado a ver cómo su Maestro incumplía las normas que para todo buen judío piadoso eran esenciales para justificar su buena conducta, así pues, ellos no se extrañaban de ver al Salvador relacionándose con gente considerada infame como los recaudadores de impuestos y las prostitutas, pero, el hecho de que el Hijo de María se dejara asesinar, para ellos, solo podía significar que Jesús no era el Mesías, pues una cosa es que el Señor se pusiera al nivel de los considerados pecadores y los pobres para demostrarles que contra la creencia generalizada en el país los consideraba personas con dignidad y derechos, y otra cosa muy diferente es que, si verdaderamente era el Hijo de Dios, se dejara asesinar, siendo aún joven y por tanto teniendo toda una vida por delante, y habiendo comenzado a realizar una obra muy importante para el resto de Yahveh, -es decir, los judíos que no se dejaron arrastrar por las deformaciones sectarias que adaptó su religión ante la dominación romana, que comenzaron a vivir el año sesenta y tres antes de Cristo-.

"Aquel mismo día iban dos de ellos a un pueblo llamado Emaús, que distaba sesenta estadios de Jerusalén, y conversaban entre sí sobre todo lo que había pasado" (LC. 24, 13-14).

Teniendo en cuenta nuestras circunstancias actuales, podemos imaginar que acompañamos a los citados discípulos de nuestro Maestro en su recorrido de Jerusalén a Emaús, al mismo tiempo que meditamos quién es Jesús para nosotros.

¿Conocéis a alguien que sea plenamente feliz? Si me respondéis esta pregunta desde la óptica cristiana, -la cual nos insta a esperar el pleno establecimiento del Reino de Dios en la tierra, lo cual significa que superaremos las dificultades que podemos vivir actualmente-, estoy seguro de que responderéis negativamente la pregunta que nos estamos planteando. Recuerdo un retiro espiritual vocacional que viví hace muchos años en una casa de espiritualidad franciscana. El director de los citados ejercicios nos preguntó a los asistentes a aquel encuentro: ¿Creéis que en

este mundo, -además de Jesús-, ha vivido alguna persona totalmente perfecta? Todos estuvimos de acuerdo en responder negativamente aquella pregunta, e incluso uno de mis compañeros de dieciséis años de edad -el cual nos sorprendió por sus conocimientos filosóficos-, utilizó su gran sabiduría para demostrar que habíamos respondido certeramente aquella pregunta, cuya respuesta dábamos por tan cierta, que creíamos absurdo el hecho de meditarla. El director de los ejercicios nos dijo: Todos nosotros somos perfectos. No somos perfectos en el sentido de que hemos alcanzado el nivel de Dios, sino por el hecho de que somos lo que Dios quiere que seamos.

Existen situaciones que tenemos que vivir, -tales como las enfermedades y los problemas que no podemos resolver, ora porque nos los causan nuestros familiares o amigos, ora porque somos especialistas en meternos en líos de los que no nos sentimos capaces de salir airosos-, pero, además de tener presentes esos hechos, tenemos una característica positiva, la cual puede ser un motivo de sufrimiento, si no sabemos amoldarnos a nuestra situación. Difícilmente podemos estar conformes con la sabiduría y los bienes que hemos adquirido a lo largo de nuestra vida. Si estamos desempleados, queremos trabajar, y, si no engrosamos las listas del paro, queremos mejorar la posición que tenemos en la empresa en que desempeñamos nuestra actividad laboral. El hecho de querer mejorar en todos los aspectos de nuestra vida es positivo, pero debemos saber cuándo podemos acceder a esa mejoría.

¿Quiénes son Dios Padre, el Hijo y el Espíritu Santo para nosotros? Si se nos pregunta si creemos en Dios, la mayoría de nosotros, no tendremos reparo alguno en responder afirmativamente esa pregunta, pero, ¿amoldamos nuestra vida al cumplimiento de la voluntad de Dios? Os planteo -y me planteo a mí también- esta pregunta, porque, si los discípulos de Jesús que huyeron desde Jerusalén a Emaús, abandonaron la Ciudad Santa porque su fe sufrió un duro golpe que la redujo a un estado de melancolía e impotencia, muchos de nuestros hermanos, se sienten defraudados por Dios. ¿Por qué sucede esto? La formación catequética con que la mayoría de los cristianos se disponen a recibir su primera Comunión en los años de la infancia, es muy insuficiente para que los tales puedan afrontar todos sus acontecimientos vitales. A los niños pequeños se les enseña que Dios es nuestro Padre y consiguientemente perdona todos nuestros pecados, pero, por causa de sus circunstancias vitales, es imposible enseñarles a reaccionar ante la vivencia del dolor como ha de hacerlo un cristiano adulto. A los niños pequeños se les puede inculcar la idea de que no deben odiar a nadie, pero esa formación necesita ser muy bien expuesta, tanto ante los adultos que han aprendido a odiar, como ante quienes han sido víctimas de quienes los han maltratado.

Cuando éramos niños, nos enseñaron que Dios escucha nuestras oraciones, pero, al llegar a la edad adulta, ¿podemos mantener esa creencia? Podemos empeñarnos en afirmar una fe dañina basada en esquivar como dé lugar la condenación eterna en el infierno, pero, si queremos ser felices, una de las principales enseñanzas que tenemos que adoptar, consiste en que, para poder creer firmemente en Dios, tenemos que creer en los hombres. San Juan escribió en su primera Carta Universal:

"Si alguno viene diciendo: "Yo amo a Dios", pero al mismo tiempo odia a su hermano, es un mentiroso. ¿Cómo puede amar a Dios, a quien no ve, si no es capaz de amar al hermano, a quien ve? Este mandamiento nos dejó Cristo: que amemos a Dios y que amemos también a nuestros hermanos" (1 JN. 4, 20-21).

La experiencia que tengo con respecto al trato que mantengo con mis lectores, me recuerda que voy a recibir muchos mensajes de correo con preguntas semejantes a la que sigue: ¿Cómo puedo creer en las personas que han destrozado mi vida? Vivimos en un mundo en que el hecho de arrimarnos al sol que más calienta no siempre debe concebirse como pecaminoso. Vivimos en un mundo en que se nos hace necesaria la utilización de la capacidad de discernir para no perder la felicidad que hemos alcanzado. Si alguna persona nos ha dañado, lo primero que tenemos que hacer es intentar sobreponernos al daño que se nos ha hecho, pues Hay ocasiones en que nos ocasionamos heridas unos a otros intencionadamente, pero también hay ocasiones en que nos herimos involuntariamente. Por otra parte, el hecho de que varias personas nos hayan tratado inadecuadamente, no puede conducirnos a perder la confianza en la humanidad. Os cuento que vivo situaciones en que mis afirmaciones carecen de credulidad para mis interlocutores. Si les digo a los tales que a pesar de mi ceguera puedo trabajar con un ordenador gracias a un sintetizador de voz, piensan interiormente que les estoy engañando, e incluso se lo comentan unos a otros. Esto no solo me sucede cuando les hablo a algunos de mis interlocutores de mis conocimientos de Informática, sino cuando les hablo de otras muchas cosas. Os aseguro que tengo muchos amigos invidentes que llevan bastante mal el hecho de ser vistos como mentirosos, no porque se les atribuye cierto gusto por inducir a la gente al engaño, sino porque se les ve como si fueran retrasados mentales, y no por ello dejan de abrirse a la posibilidad de establecer nuevas relaciones con quienes ven perfectamente. Hace unos días me escribió una amiga ciega: "Me gusta relacionarme con todo el mundo. Cuando era joven la gente de mi edad le rehuía al hecho de salir conmigo, pero ahora eso no me pasa tanto".

En ciertas ocasiones, al hablar con muchos de mis lectores que se sienten decepcionados por Dios, me he percatado de que los tales se sienten culpables de vivir esa situación, la cual no es pecaminosa, pues solo es la causa de la contemplación de los sentimientos que albergan a la hora de vislumbrar sus circunstancias vitales. Quienes se sienten decepcionados por Dios, lo primero que tienen que hacer, es buscar ayuda. Si tienen la costumbre de orar, tienen que sacar a relucir ese hecho en sus oraciones con toda sinceridad, pues no tienen ninguna razón por la que ocultarlo, dado que Dios no va a hacer que sean traspasados por un rayo porque tienen dudas de fe.

Si alguien nos pide ayuda y nos manifiesta que se siente decepcionado por Dios, debemos acoger al hermano que nos pide consejo con amabilidad, pues, quienes tienen dudas de fe, si presienten que los predicadores vamos a ser agresivos con ellos, jamás nos manifestarán su pensamiento.

2. Seamos imitadores de la comprensión con que Jesús acogió a sus discípulos.

"Y sucedió que, mientras ellos conversaban y discutían, el mismo Jesús se acercó y siguió con ellos; pero sus ojos estaban retenidos para que no le conocieran" (LC. 24, 15-16).

El texto lucano que estamos considerando, me hace recordar que, el próximo veintitrés de diciembre, hará diez años desde el día que empecé a predicar el Evangelio a través de Internet. Recuerdo que tardé dos meses en encontrar a mi primer lector. Un mes después, conseguí que un sacerdote visitara mi lista de correo, con la condición de publicitar una representación de la Pasión del Señor que se llevó a cabo en el pueblo en que trabajaba. En la primavera del año 2002, cuando estaba pensando en cerrar la lista de correo, empezó a forjarse el proyecto de Trigo de Dios, pan de vida. Gracias a quienes me promocionan desinteresadamente, y a los grandes buscadores de Internet, me es imposible contabilizar el número de mis lectores. Os recuerdo mi experiencia, porque, los cristianos, -especialmente quienes somos predicadores-, podemos tener un defecto, consistente en que, cuando abrazamos la fe que nos caracteriza, nos olvidamos de la actitud que observábamos antes de creer en Dios, lo cual puede conducirnos a no actuar adecuadamente con quienes se nos acercan pidiéndonos algún consejo. Sería positivo, -tanto para quienes nos piden ayuda como para nosotros-, el hecho de que nos apliquemos la instrucción de San Pedro:

"Glorificad en vuestro corazón a Cristo, el Señor, estando dispuestos en todo momento a dar razón de vuestra esperanza a cualquiera que os pida explicaciones. Pero, eso sí, hacedlo con dulzura y respeto" (1 PE. 3, 15).

Mientras que los antiguos Profetas cosecharon grandes fracasos a la hora de convertir a muchos de sus hermanos de raza al Judaísmo, valiéndose para ello de terribles amenazas, Jesús tuvo la ocurrencia de convertir al Evangelio a sus oyentes, valiéndose de la parábola del hijo pródigo, y, cuando se defendió de sus adversarios, no utilizó términos descalificativos, sino que describió el comportamiento de los tales sin recurrir a los insultos. A muchos padres también les sería positivo el hecho de adoptar la amabilidad con que Jesús acogió y reprendió a los discípulos de Emaús, con tal de mejorar la educación de sus hijos. Recientemente me ha escrito uno de mis lectores contándome que, después de presionar brutalmente a su hija de quince años para que estudie, ha logrado someterla a un fuerte tratamiento psiquiátrico, por lo que en consecuencia no puede seguir cursando sus estudios, ella se siente una inútil irremediable, y él se siente frustrado. Por algo escribió el autor del libro bíblico de los Proverbios:

"Mientras hay esperanza corrige a tu hijo,
pero no te excites hasta hacerle morir" (PR. 19, 18).

El mal ejemplo que dan muchos que se dicen cristianos, hace que quienes nos rodean pierdan la fe tanto en Dios como en los hombres. Es esta la causa por la que leemos en el libro de los Proverbios:

"Muchos hombres se dicen piadosos;
pero un hombre fiel, ¿quién lo encontrará?" (PR. 20, 6).

Antes de pasar al siguiente epígrafe de esta meditación, recordemos un último extracto de los Proverbios de Salomón:

"El varón sabio está fuerte,
el hombre de ciencia fortalece su vigor;
porque con sabios consejos harás la guerra,
y en la abundancia de consejeros está el éxito" (PR. 24, 5-6).

3. ¿Acogen nuestros oyentes el Evangelio tal como lo hacemos nosotros?

"El les dijo: «¿De qué discutís entre vosotros mientras vais andando?» Ellos se pararon con aire entristecido. Uno de ellos llamado Cleofás le respondió: «¿Eres tú el único residente en Jerusalén que no sabe las cosas que estos días han pasado en ella?" El les dijo: «¿Qué cosas?» Ellos le dijeron: «Lo de Jesús el Nazareo, que fue un profeta poderoso en obras y palabras delante de Dios y de todo el pueblo; cómo nuestros sumos sacerdotes y magistrados le condenaron a muerte y le crucificaron. Nosotros esperábamos que sería él el que iba a librar a Israel; pero, con todas estas cosas, llevamos ya tres días desde que esto pasó. El caso es que algunas mujeres de las nuestras nos han sobresaltado, porque fueron de madrugada al sepulcro, y, al no hallar su cuerpo, vinieron diciendo que hasta habían visto una aparición de ángeles, que decían que él vivía. Fueron también algunos de los nuestros al sepulcro y lo hallaron tal como las mujeres habían dicho, pero a él no le vieron"" (LC. 24, 17-24).

¿Cómo no iba a saber Jesús lo que había sucedido en Jerusalén en aquellos días, si precisamente El mismo fue quien fue crucificado junto a los ladrones que la tradición ha llamado Dimas y Gestas? Recuerdo que cuando trabajaba en una pequeña parroquia como músico y cantor, el hecho de cantar prácticamente las mismas canciones todos los Domingos por petición del sacerdote me cansaba, pero el párroco me decía: Tú sientes ese cansancio porque necesitas mucho tiempo para aprenderte las partituras, pero ponte en el lugar de quienes vienen a Misa, y solo escuchan tus canciones media hora a la semana. Los predicadores podemos correr el riesgo de acostumbrarnos a nuestro esquema eterno que utilizamos para predicar desde no se sabe cuándo, y podemos ignorar las circunstancias vitales de nuestros oyentes. Quizá nosotros podemos cansarnos de explicar que la pobreza espiritual de que Jesús habla en las bienaventuranzas no tiene que estar relacionada con la pobreza material, porque la misma es una gran sencillez espiritual, pero, ¿saben nuestros oyentes y lectores definir dicha pobreza, e incluso amoldarse a la vivencia de la misma?

En las amargas palabras de los discípulos de Jesús de Emaús, se reflejan la amargura de quienes se sienten defraudados por Dios y los hombres. Ellos esperaban de Jesús que el Mesías fuera el liberador del yugo romano de Israel. Su sufrimiento era consecuente de su falta de instrucción religiosa, tal como les sucede a muchos de nuestros hermanos, que no han podido -o no han querido- recibir una buena formación catequética. A los catequistas que me escriben preguntándome lo que han de hacer para que sus oyentes crean su mensaje, les digo que se formen

lo mejor que puedan, y que den un buen ejemplo de cristianos comprometidos con el Señor, porque, aunque no nos percatemos de ello, el ejemplo -a veces- es como una red de arrastre.

4. Prediquemos el mensaje que ha sido proclamado siempre.

"El les dijo: «¡Oh insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Cristo padeciera eso y entrara así en su gloria?» Y, empezando por Moisés y continuando por todos los profetas, les explicó lo que había sobre él en todas las Escrituras" (LC. 24, 25-27).

El mensaje que proclamamos los cristianos es siempre el mismo, a pesar de que lo adaptamos al tiempo en que vivimos, con el fin de que nuestros prójimos los hombres lo comprendan y acepten. San Pablo les escribió a los cristianos de Galacia:

"Por mi parte, si de algo presumo, es de Cristo crucificado, y Dios me libre de aspirar a otra cosa. En la cruz de Cristo, el mundo ha muerto para mí, y yo para el mundo" (GAL. 6, 14).

El hecho de morir en la cruz de Cristo, equivale a morir a la vida del mal, y al hecho de no dejarnos vencer por el dolor, para que así podamos renacer a la vida de la gracia, a la vida de recepción de dones y virtudes gratuitos, que recibimos de parte de nuestro Padre y Dios. Esta creencia es tan útil para creyentes como para no creyentes, pues, independientemente de que creamos que recibimos beneficios de Dios, todos nos enriquecemos a través de la vivencia de nuestras circunstancias.

5. Jesús se les manifestó a sus discípulos.

"Al acercarse al pueblo a donde iban, él hizo ademán de seguir adelante. Pero ellos le forzaron diciéndole: «Quédate con nosotros, porque atardece y el día ya ha declinado.» Y entró a quedarse con ellos. Y sucedió que, cuando se puso a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. Entonces se les abrieron los ojos y le reconocieron, pero él desapareció de su lado. Se dijeron uno a otro: «¿No estaba ardiendo nuestro corazón dentro de nosotros cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?"" (LC. 24, 28-32).

Jesús quiso que sus discípulos le manifestaran el aprecio que sentían hacia El, antes de manifestárseles por medio de la partición del pan, y ellos hicieron lo que buenamente pudieron, con tal de que su amigo los siguiera instruyendo, de la misma manera que Abraham quiso que Yahveh-Dios se hospedara en su tienda del desierto.

"Señor mío, si te he caído en gracia, ea, no pases de largo cerca de tu servidor" (CF. GN. 18, 3).

¿Hemos reparado en que podemos imitar a los discípulos de Emaús a la hora de forzar a Jesús para que permanezca espiritualmente con nosotros? No solo podemos tener a Jesús entre nosotros, pues, por medio de la oración y la lectura pausada y atenta de la Biblia, nada nos impide estar también en la presencia del Padre y del Espíritu Santo.

6. El testimonio de fe de los discípulos de Emaús.

"Y, levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén y encontraron reunidos a los Once y a los que estaban con ellos, que decían: «¡Es verdad! ¡El Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón!" Ellos, por su parte, contaron lo que había pasado en el camino y cómo le habían conocido en la fracción del pan" (LC. 24, 33-35).

Una vez hubieron superado la sensación de fracaso que les hizo huir de Jerusalén, los discípulos de Emaús estuvieron dispuestos a testimoniar su fe. Igualmente, nosotros, conforme superemos dificultades, alcanzaremos nuevas metas, y nos sentiremos capaces de afrontar el futuro con más fe, tanto en Dios como en nuestros prójimos y nosotros. Que así sea.